

BLUE SKY

La alianza del cielo azul

Preludio

**Crónica de la Tercera Guerra
Mundial y auge de la Compañía**

Durante la segunda década del siglo XXI, las desigualdades económicas y los conflictos internacionales no hicieron más que empeorar. A pesar de las continuas medidas de los gobiernos para intentar solventar la crisis, el miedo y la incertidumbre se extendieron entre la población, generando un clima de tensión que se fue acrecentando año tras año, amenazando con explotar en cualquier momento.

Los países reaccionaron a este clima cerrando sus fronteras y adoptando una actitud cada vez más hostil. La vieja enemistad entre potencias como Estados Unidos y Rusia se reavivó, llegando a alcanzar unos niveles equiparables a los de la Guerra Fría. La Unión Europea se disolvió. Las Bolsas quebraron, los comercios y las industrias fueron cerrando sus puertas uno tras otro, la extrema pobreza provocó una oleada de crimen sin precedentes, violentas protestas y disturbios se producían diariamente en cada ciudad del mundo. Era el caos...

Todo ello, más la constante negativa de los países a ayudarse unos a otros a fin de intentar subsistir ellos mismos, condujo inevitablemente a la guerra. El mundo era un enorme vaso que había ido llenándose vorazmente desde principios de siglo sin que sus gobernantes, conscientes de ello o no, hicieran nada al respecto, hasta que finalmente había desbordado. Pero paradójicamente, la mayor guerra jamás vista, cuyo desenlace marcaría un cambio radical sin precedentes en el planeta, sería también la más breve.

Se dieron dos bloques primordiales durante el conflicto bélico: el Este, formado mayormente por Rusia y China; y el Oeste, encabezado por los Estados Unidos. La guerra duró tan solo dos años, y los mayores epicentros de destrucción se

dieron a lo largo del Pacífico, lugar destinado a ser el tablero de aquella sangrienta contienda, permaneciendo Europa y África relativamente intactas.

Mientras las batallas continuaban, sin que se pudiera vislumbrar el menor atisbo de paz o negociaciones, un duro golpe azotó al bloque oriental: un terrible virus, desconocido y letal, que comenzó a propagarse rápidamente por todo el continente asiático. Lo llamaron el Qlifot. En pocos días, decenas de miles de personas se hallaban infectadas. Durante los años siguientes muchos asegurarían que este virus no fue sino un arma bacteriológica creada por los americanos, como parte de un inhumano plan de ataque impulsado por la CIA. Fuera cierto o no, aquella epidemia amenazaba con inclinar la balanza de aquella contienda y ponerle fin.

Sin embargo, en lugar de eso, ocurrió algo mucho peor. Aquello que más temían todos desde el inicio del conflicto. En el día más negro en la historia de la humanidad, el bloque del Este, percibiendo su derrota inminente, tomó la impensable decisión de disparar su arsenal nuclear, llevando a cabo un bombardeo masivo contra sus enemigos de América. Cientos de millones de vidas se desvanecieron en un instante. La mayor parte ciudades del continente americano fueron reducidas a cenizas. Los pocos supervivientes se vieron obligados a abandonar aquella tierra debido a la radiación y al invierno nuclear, quedando América convertida en un vasto cementerio. Muchos se preguntaron si Rusia y China habrían llegado a este extremo si Estados Unidos no hubiera, presuntamente, liberado ese virus en su continente?. Como suele suceder, jamás se podría tener la certeza de quién era el verdadero culpable de la tragedia.

Finalizada la guerra de la peor forma y sin ningún vencedor, durante los meses siguientes todos los países que aún se mantenían en pie dejaron al lado sus diferencias y trabajaron codo con codo para frenar la expansión de la pandemia. Aunque ninguno de los prototipos de vacuna que se desarrolló fue capaz de combatir el virus con éxito, finalmente, Rusia logró contener su avance a la altura del Mar Caspio, no antes de evitar que arrasara Asia, Oceanía y la mitad Este de su país. Las personas

sanas fueron evacuadas a Europa. El continente asiático quedó vacío, una tierra yerma y en cuarentena a la que nadie volvería a aproximarse por temor al contagio del Qlifot.

El mundo estaba en ruinas. La humanidad, reducida a un tercio en tan sólo dos años, quedaba ahora concentrada tan sólo en Europa y África. La Tercera Guerra Mundial había concluido, y el mundo estaba peor que nunca.

Fue entonces cuando entró en escena el presidente de España de aquel entonces, José Manuel Clifton, un político joven, carismático y fuerte, popular entre las masas y de férreas convicciones. Y fue él quien dijo a los demás países que si querían que el mundo sobreviviera, no debían colaborar unos con otros, sino convertirse todos en un único e imparable país. Y de este modo surgió la Compañía. Los países europeos juntaron lo poco que les quedaba y se lo jugaron todo a una carta. Llevaron a cabo el proyecto de Clifton de crear una corporación a nivel mundial que lo rigiese y controlase todo: agua, luz, medicinas, transportes, petróleo, tropas... Por unanimidad, el Presidente Clifton fue nombrado dirigente de la recién creada Compañía, que fue bautizada en su nombre. Representantes de cada país, políticos y empresarios se convirtieron en los accionistas de esta colosal empresa, formando el Consejo de la Compañía, que colaboraba con el Presidente y supervisaba todas sus decisiones y proyectos. A través de su acción, paulatina y organizada, todo empezó a ir bien de nuevo. Las enfermedades cesaron, los más desvalidos gozaron de alimento y un techo bajo el que cobijarse, volvió a haber seguridad en las calles. Los países destrozados por la guerra recibieron la energía y recursos necesarios para salir adelante. La economía alcanzó un nivel óptimo. Para combatir la delincuencia y el terrorismo, el Presidente creó personalmente la Unidad de Investigación y Seguridad Especial de Clifton S.A. El mundo volvía a estar a salvo. Una nueva era de prosperidad y paz parecía a punto de comenzar. Pero, por desgracia, no iba a ser así...

A los pocos años del nacimiento de la Compañía, Clifton comenzó a tomar ciertas decisiones de forma unilateral. Empezó a hacer uso excesivo de sus privilegios y a controlar y manipular

al resto de los países a su antojo. El Consejo de la Compañía, que debía haber impedido eso, fue disuelto. Algunos de sus miembros dimitieron, otros fueron cesados y otros desaparecieron súbitamente sin dejar rastro. Clifton se otorgó a sí mismo plenos poderes, afianzándose de forma vitalicia como dirigente mundial. En poco tiempo, se había convertido en un tirano, un tirano con la mayor parte de los recursos del planeta y el ejército más grande que se hubiera visto jamás en su poder. Sin otra opción, todos los países le reconocieron como líder absoluto.

Desde entonces, el Presidente Clifton empezó a gobernar el mundo a través de un ominoso régimen dictatorial, controlando fuertemente a la población mediante el miedo, el ejército y la tecnología. Se establecieron el culto a la personalidad del líder, fuertes recortes de libertades y el control de los medios de comunicación por parte de Clifton S.A. Asimismo, se llevó a cabo una violenta persecución y represión hacia todo aquel que se rebelara a las leyes establecidas por el Presidente. La Compañía siguió creciendo y enriqueciéndose a base de explotar al resto de las naciones que ahora estaban bajo su mando, que eran prácticamente todas (a excepción de algunas como Rusia, que optó por aislarse del resto del mundo tras la guerra), esclavizando con especial dureza a los países más pobres de África y Oriente Medio.

Finalmente, la Unidad de Investigación y Seguridad Especial de Clifton S.A. se convirtió en “los Cuervos”, unos siniestros hombres vestidos de negro destinados a ocuparse de los asuntos más turbios del Presidente (asesinatos, secuestros, extorsiones, torturas...), así como a eliminar a cualquier posible detractor. Armados, bien entrenados y sin el menor escrúpulo, los miembros de “los Cuervos” cometen los más horribles crímenes en nombre de la Compañía.

Y desde entonces, nada volvió a ser lo mismo. El mundo se recuperó tras la guerra, pero a un alto precio. La Compañía y el Presidente ya eran intocables. Y así continuaban siendo tras veinte años, gobernando con puño de hierro al mundo entero, sin que nadie pueda hacer nada por impedirlo...

Capítulo 1
La fábrica de San Roque

Era más de medianoche. El viento de Septiembre acariciaba las calles de la pequeña ciudad de San Roque, al Sur de España. La localidad estaba edificada sobre una amplia colina desde la cual se podía contemplar el Mar Mediterráneo, y más allá, el estrecho en el cual sus aguas se mezclaban con las del Océano Atlántico.

Bajo la penumbra de las farolas, una joven muy hermosa de pelo negro y tez blanca caminaba elegantemente vestida por las desiertas callejuelas. Al llegar a un parque, que marcaba el inicio del descenso de la colina, se detuvo. Todo un equipo de cámaras y micrófonos, manejados por sus respectivos técnicos, la seguía en silencio, capturando cada uno de sus movimientos.

—¡Y... corten! —exclamó el director— ¡Perfecto, preciosa! ¡Vamos a hacer un descanso, y retomamos desde el otro ángulo!

La joven sonrió, y mientras un amable ayudante le ponía un abrigo sobre los hombros para protegerla del frío, ella dirigió su vista hacia la lejanía y contempló la enorme fábrica de Clifton S.A. que se erguía a lo lejos, cuyas chimeneas escupían interminables columnas de humo que se confundían con el cielo nocturno.

En los alrededores de esa misma fábrica, dos figuras masculinas se acercaban rápidamente hacia la verja de seguridad de esta. Cubriendo sus rostros con pasamontañas negros y sus manos con guantes, cruzaron a trote la densa vegetación, iluminados únicamente por la luz eléctrica proveniente de la misma refinería. Al llegar a la valla, uno de ellos miró el reloj que llevaba en la muñeca. Justo en el instante en el que la manecilla de los segundos alcanzó las doce, todas las cámaras de seguridad de la fábrica se desconectaron y quedaron inmóviles al mismo tiempo.

Sin tiempo que perder, los dos encapuchados escalaron la valla con gran facilidad y saltaron hacia el otro lado.

Al mismo tiempo, otra figura con pasamontañas, esta con apariencia femenina, comenzó a escalar atlética hasta el tejado de la fábrica, se coló en el conducto de ventilación y se deslizó por él a su interior. Llevaba una mochila a la espalda.

Dentro, dos guardias de seguridad trataban de averiguar la causa del fallo en los sistemas de seguridad desde la sala de control, sin darse cuenta de que la primera pareja de intrusos se les estaba acercando sigilosamente por detrás. Antes de que se percataran siquiera de su presencia, uno de los agentes cayó inconsciente de un puñetazo directo a la nuca, y el otro fue inmovilizado mediante una hábil llave de artes marciales para luego sufrir la misma suerte que su compañero.

En ese instante, un tercer guardia entró en la sala. Al ver a los dos encapuchados y a sus compañeros caídos, se sobresaltó y desenfundó su arma de fuego reglamentaria. Pero, con increíbles reflejos, el enmascarado que había realizado la llave sacó y extendió una porra telescópica negra y golpeó con ella la pistola del guardia. Mientras esta salía volando, el otro intruso levantó su pierna y le dejó sin sentido de una contundente y experta patada a la sien.

Una vez hubieron recorrido la mitad de la fábrica, librándose de todos los guardias pero respetando sus vidas, los dos hombres tomaron el ascensor que les conduciría hacia el núcleo de la fábrica. El elevador descendió lentamente y llegó hasta el susodicho lugar, situado bajo tierra.

Las dos figuras salieron del ascensor tranquilamente, y una vez allí, se quitaron los pasamontañas. Ambos eran jóvenes de no más de veintisiete años de edad. Uno era alto, moreno de pelo y piel, y de extremidades visiblemente fuertes. Sus ojos marrones denotaban una inquebrantable sensación de seguridad y valor. El otro, cuya mano derecha aún sostenía la porra extensible, era de estatura media, constitución atlética, pelo negro despeinado, ligera barba de dos días y ojos negros de mirada astuta y penetrante. Tenía la piel blanca, rozando la palidez, y en su rostro

mantenía una expresión de gran templanza y concentración. Los nombres de estos chicos eran Nicolás y Julio respectivamente.

Julio se sacudió el pelo, se limpió el sudor y sacó del bolsillo izquierdo de su pantalón un teléfono móvil que se llevó a la oreja:

–Estamos dentro.